

Equidad, calidad y valores en la universidad

Isabel Arcudia García*

Una evaluación global de las transformaciones educativas a nivel superior vigentes en América Latina y en particular en México, permite localizar ciertos logros no exentos de incertidumbre. Reformas institucionales, descentralización de los servicios, tendencias a la autonomía escolar y un mayor nivel de conciencia pública sobre la importancia de la educación en el desarrollo nacional, permiten avizorar avances hacia una mayor sistematización y éxito de los esfuerzos para mejorarla.

Sin embargo, existe la percepción de que estos logros no han sido suficientes para cambios sustanciales. Esto, porque a nivel basal, las mejoras se esperan para una población con una vida digna, en comunidad de sujetos conscientes de sus derechos, pero también de sus responsabilidades hacia los demás, a la vez que preparados para el trabajo, circunstancias que encierran una tarea pendiente para la ciudadanía.

En México, la equidad, condición para un mejor funcionamiento social, todavía deja qué desear. En concreto, la *educabilidad*, ese conjunto de condiciones que requieren los y las jóvenes para lograr el éxito escolar tales como la posibilidad de un empleo que les permita la permanencia en la escuela, un ambiente sano y seguro, un entorno privado para dedicarse a las tareas extra escolares con privacidad, un acervo histórico de conocimientos y experiencias que faciliten la reflexión y el análisis entre otras circunstancias, aún dista de ser la adecuada.

Así pues, es preciso reconocer que el logro de la equidad social va más allá de aumentar la oferta educativa y de llevar a cabo innovaciones pedagógicas. La equidad es un fenómeno estructural, y como tal, pobreza, marginación, escasez de capital cultural, insalubridad, desnutrición, violencia generalizada, prioridad por los valores económicos, por ejemplo, dificultan el éxito educativo y el acercamiento de los/as estudiantes universitarios a una visión y acción adultas bajo condiciones más dignas, libres y humanas. Puede verse entonces que en los resultados de la educación intervienen diversos agentes desde ángulos y dimensiones distintas que se extienden en el tiempo y en el espacio más allá del recinto universitario.

Al interior de las instituciones educativas, los actores centrales son los y las maestras y los y las estudiantes. Son quienes encarnan el proceso educativo, hoy encaminado al egreso de adultos

Así pues, es preciso reconocer que el logro de la equidad social va más allá de aumentar la oferta educativa y de llevar a cabo innovaciones pedagógicas. La equidad es un fenómeno estructural, y como tal, pobreza, marginación, escasez de capital cultural, insalubridad, desnutrición, violencia generalizada, prioridad por los valores económicos, por ejemplo, dificultan el éxito educativo y el acercamiento de los/as estudiantes universitarios a una visión y acción adultas bajo condiciones más dignas, libres y humanas.

habilitados para conducirse eficientemente en ambientes laborales competitivos donde el conocimiento y las prácticas cambian y se transforman constantemente.

¿Y qué se encuentra en el fondo de las actividades universitarias cotidianas?, ¿qué mueve a quienes participan en el proyecto educativo desde la trinchera del aula?, ¿qué los conduce a tomar opciones y a actuar de determinadas maneras?, ¿qué es lo que desde lo profundo,

Hay que reconocer que la operacionalización de los valores en acciones cotidianas particulares, concretas y específicas (práctica derivada de su consideración y de la necesidad de relación social en el día a día) es compleja, dado que envuelve el continuo tratamiento de opciones y la frecuente toma de decisiones que eventualmente guardan ángulos antagónicos entre el beneficio personal y el bien colectivo.

reconocido o no, guía sus decisiones en el complejo mundo de la preparación universitaria donde sus responsabilidades y compromisos se encuentran mediados por las realidades que viven?

Finalmente, sus valores que son criterios generalizados y normas de conducta socialmente reguladas y reguladoras del quehacer individual y social de cada día en general y en particular de la vida educativa en cuanto a la percepción de lo que es valioso, lo que merece ser tomado en cuenta, lo que debe y puede hacerse dentro del camino cotidiano de una formación profesional valiosa y significativa, esto es, de calidad.

Los valores, sustrato de interpretación y acción en lo público y lo privado de las personas, comprometen todas nuestras actividades. ¿Cuáles son los valores implícitos en la educación si ésta implica un proceso interminable de aprender-enseñar para "ser más" y "saber más", para ser mejores en todas las facetas de lo humano? Hoy el discurso educativo oficial habla de una estructuración privilegiada de la persona y amplias relaciones entre grupos e individuos para ser mejores ciudadanos del mundo. ¿Qué valores han de ser puestos en funciones desde el lugar que ocupamos en la educación, destinada a lograr mejores resultados en beneficio de todos y todas en condiciones de equidad?

El respeto a mí mismo para estar en condiciones de respetar a los demás; la igualdad que implica actuar con justicia para otorgar a los y las otras la libertad que merecen; la veracidad, indispensable en la comunicación y la palabra empeñada, así como la solidaridad que se traduce en lealtad a los demás y que finalmente significa empatía con los semejantes,¹ son valores cuya práctica ha de ser frecuente en la búsqueda del bien común ya que actualmente nos desarrollamos en una dinámica donde prevalecen las relaciones intersubjetivas directas pero también virtuales a todos los niveles.

Hay que reconocer que la operacionalización de los valores en acciones cotidianas particulares, concretas y específicas (práctica derivada de su consideración y de la necesidad de relación social en el día a día) es compleja, dado que envuelve el continuo tratamiento de opciones y la frecuente toma de decisiones que eventualmente guardan ángulos antagónicos entre el beneficio personal y el bien colectivo.

Y ahí aparece la ética, ese campo de lo íntimo que conlleva una ruta de integridad personal desde la cual optamos por una acción u otra. En función de que la educación superior contiene, por un lado, la preparación académica destinada a aspirar a un mejor nivel de vida productiva y, por otro, es un bien al servicio de los demás pensando en el bien común, vale la pena reflexionar sobre el compromiso que se nos ha entregado tanto a los y las docentes universitarios como a los y las estudiantes, profesionistas del futuro.

Desde esta visión, se requiere prepararse y preparar el camino para que cada quien conozca sus derechos pero asuma sus responsabilidades, y realice acciones propicias para avanzar en la ruta de una mayor equidad fincada en profesores y alumnos conscientes de su papel en la construcción de un mundo mejor para sí y para los y las demás, a través de una preparación universitaria de calidad.

* Docente de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

¹ Pablo I. Atapi, *El debate sobre los valores en la escuela mexicana*. FCE, México, 2003.